

X.

—¿Y vuestra prima? (preguntó la marquesa de Talyas á Felipe la primera vez que le vió.) ¿Tiene siempre la misma facha?

—Siempre.

—¿Y la misma boca grande?

—Sí.

—¿Y los dedos llenos de tinta?

—Y los dedos llenos de tinta.

—¿Y qué efecto le ha hecho veros?

—Ninguno; la habían dicho en otro

tiempo que debía casarse conmigo, y se acostumbró á esa idea.... Ahora la dicen que debe casarse con otro, y también se acostumbrará....; es así.

—Y su novio, ¿qué clase de hombre es?

—En su género, un buen lugareño.

—¿Pensáis ir á la boda?... ¿Y cuándo será?

—Dentro de seis semanas ó dos meses....; creo.... Iré, si mi padre lo desea y vos lo permitís.

—Me es igual, amigo mío.

Como se ve, Felipe había aprovechado la escuela de la Marquesa, y fingió, imitando el gran arte de que ella era maestra. Tenía necesidad de estar siempre sobre sí mismo para disimular el hastío y hasta el horror que le causaba su vida de pasión malsana y de continua traición, al salir

de la purísima atmósfera que días anteriores había respirado en su país. Le parecía que la Marquesa se complacía con perversidad en buscar los incidentes que podían dar á sus amores un color más odioso. Una noche tuvo á Felipe escondido detrás de una colgadura, mientras que su marido atravesaba su habitación al volver del círculo. Otra noche inventó ir con gran misterio á un baile de máscaras que daba una extranjera de vida dudosa; presentándose bajo la máscara enfrente de su marido y al lado de su amante.

Felipe, que no encontraba el placer que ella en esta clase de diversiones, se figuraba muchas veces que la Marquesa había resuelto para sí, ponerle frente á frente con el Marqués; pero la verdad es que aquellas locuras la divertían, y nada más.

Á medida que se agravaban para Felipe los disgustos y las angustias de aquel fatal amor, las impresiones de su estancia en Boisvilliers tomaban en su imaginación más viveza y encanto. La imagen de su prima Juana, sobre todo, se le aparecía cada vez más seductora y con más atractivos. Comparándola con la Marquesa, creía verla con el mismo purísimo esplendor de un ángel de amor y castidad. Cuando pensaba que la joven estaba adornada con tantos méritos, con tantas gracias y con tantos talentos para hacerse digna de él y para gustarle; que le había consagrado desde que existía tantos esfuerzos generosos, tanta fuerza de voluntad y tantas lágrimas; que habría podido pasar toda su vida unido á aquella dulcísima criatura, sostenido por ella en el bien, en el honor....; ¡y todo esto

lo había desdeñado y perdido para siempre! Estos pensamientos inundaban su corazón de ternura y de pesar.

En medio de estas dolorosas reflexiones, recibió de su padre, poco tiempo después de su vuelta á París, una carta, que no era la más á propósito para calmarle, refiriéndole que el proyectado matrimonio de la señorita de La Roche-Ermel con el señor Chaville se había roto.

Esta ruptura, añadía por vía de explicación, se había hecho sin ruido y en condiciones igualmente dignas.

Felipe, ayudado por sus recientes recuerdos, se explicó en seguida este acontecimiento, imaginando causas que más tarde supo eran exactas. La señorita de La Roche-Ermel, al verle, había sentido renacer su afección por él, y no quería casarse con otro con

la mentira en los labios y en el corazón. Tal fué lo que pensó Felipe.

Esta noticia preocupó al joven de tal manera, que, á pesar de su fuerza de voluntad, dijo á la Marquesa:

—¡Pobre Juana!.... Verdaderamente es muy desgraciada.... ¡Se ha roto su matrimonio!

—¿Con qué motivo?

—No lo sé.... Supongo que el novio se habrá vuelto atrás en el último momento.

—¡Ah! ¡Tan fea es?

—Peor que eso.... ¡ordinaria!

—¿Y cómo vuestro padre, que es una persona tan razonable, había pensado en casaros con ese monstruo?

—¡Oh! Ya sabéis que uno se acostumbra á ver á las personas de la familia, y no le parecen como son....; el cariño ciego, y á mi padre le ha pasado eso.

—¿Y por qué (dijo la Marquesa riendo) no se casa con ella él?

—Eso digo yo.

¡Juana era libre!... ¡Casi con seguridad no tenía él más que decir una palabra para que aquella mano fiel y leal fuera suya, para que aquella dicha, que había sido antes el tormento de su vida, le perteneciese!... Tuvo tentación de partir inmediatamente, arrojarse á los pies de la noble joven, y hacerla verter lágrimas de alegría!

Para lograr tanta felicidad no le faltaba más que una cosa, que desgraciadamente era muy difícil el obtener: el permiso de la Marquesa. Prescindir de él, no era ni digno ni seguro, y no pensó en ello.... Pedírselo, era inútil, y tampoco se detuvo en aquella idea.... ¡No tenía más remedio que continuar

en la desesperación, arrastrando su pesada cadena!

Casi al mismo tiempo, una complicación inesperada vino á hacer más angustiosa su situación.

El Marqués había tenido de su primer matrimonio con una inglesa una hija, Clotilde de Talyas, que había sido educada en un gran colegio de París, donde había estado hasta los diez y seis años. Luego la había confiado á los cuidados de una hermana de su madre, bajo el pretexto de perfeccionarla en la lengua inglesa, pero en realidad para evitar las rivalidades que la vida común hubiera podido hacer nacer entre la joven y su madrastra. Hacía dos años que Clotilde estaba en Inglaterra, y su padre, viendo que la época de casarla había llegado, fué á buscarla á Londres y la trajo á París.

Clotilde de Talyas era bajita, bien formada, de ojos cándidos, á pesar de lo cual era lista como una ardilla y traviesa como un muchacho. Tenía un ligero acento inglés, que no carecía de gracia.

Como su padre la había contado hacía mucho tiempo la historia de Felipe, no extrañó encontrarle tan en intimidad con la familia, y pronto pareció que, no sólo no la extrañaba, sino que era muy de su agrado. ¿Había concebido una pasión romántica por el joven salvador de su padre? ¿Se había enamorado de él á primera vista, ó adivinó con su instinto femenino que el medio de ser particularmente desagradable á su madrastra era ser agradable á Felipe? Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que desde los primeros días demostró á Felipe una pre-

dilección tan marcada, que no tardó en alarmar á la Marquesa. Si Clotilde no era todavía una rival, por lo menos era una muchacha muy inoportuna, pues no había día en que Felipe estuviese sentado en el gabinete de su madrastra, sin que llegase *incontinenti*, alegre y juguetona como una niña inocente.

—No os incomodo, ¿verdad, tía mía? —preguntaba, instalándose entre ellos. Pues la joven llamaba tía á la Marquesa por una amable deferencia que su padre le había impuesto; pero tenía una manera tan páfida de pronunciar «mi tía», que daba á esta palabra un aire de vejez y caducidad extraordinarias.

Confundido con las atenciones de la joven, torturado con las desconfianzas ofensivas de la Marquesa, y más torturado aún con su amor, del que no

participaba ya, Felipe entró entonces en una nueva fase, que en cuanto á disgustos, vergüenzas y peligros, no dejaba nada que desear.

Un día la Marquesa, fastidiada con las audacias de la señorita Clotilde, creyó deber advertir la inconveniencia de la conducta de su hija á su marido.

—Os aseguro (le dijo), que está poniéndose en ridículo con Felipe de Boisvilliers.

—¿Y Felipe, cómo está?—preguntó el Marqués.

—¡Oh! ¡Muy bien!

—¿Creéis realmente que Clotilde le ama?—replicó el Marqués.

—Yo no sé si le ama; porque como está educada á la inglesa, sus maneras familiares con los jóvenes no significan nada; pero en nuestra casa no se pueden consentir esas maneras.

—Pues bien, escuchad, querida mía (dijo el Marqués). Estoy contentísimo con lo que me decís, pues desde hace algún tiempo, mi idea fija es casarlos.

—¡Ah!—dijo la Marquesa.

—Ciertamente (prosiguió el Marqués); bajo el punto de vista de la fortuna, es un matrimonio muy ventajoso para Felipe, porque Clotilde tendrá un millón quinientos mil francos, que es un dote muy bonito; pero los Boisvilliers son de una excelente familia, y Felipe me ha hecho un servicio que nunca olvidaré. Además, he podido apreciarle en dos años que hace que le tratamos, y no puedo desear nada mejor para mi hija.... y como sé que es muy delicado y no se atrevería nunca á dirigirme semejante petición.... Á fe mía que con un muchacho como él,

puede uno ir francamente, y seré yo mismo quien se la dirija.

—Hay un mal (dijo la Marquesa, frunciendo las cejas), y es que creo que rehusará.

—¿Por qué? Sería absurdo. Clotilde es muy agradable....; la dote es magnífica.... Sería una locura...., á menos que no tenga en otra parte algún secreto amor....; y, que yo sepa, no tiene ninguno.

—Os engañáis (dijo la Marquesa sonriendo): tiene uno.

—¿Dónde?... ¿En nuestra sociedad?

—No, en provincias....: una prima.

—¿Una prima? Pues nunca me ha hablado de ella.

—Á vos no; un hombre no da lugar á esa clase de confianzas; pero yo conozco sus secretos. Tiene una prima...., la señorita de La Roche-Ermel,

á quien ama desde la infancia...., y son novios desde el último viaje de Felipe....; creo que hasta la época del matrimonio está fijada.

—¡Oh! ¡Qué lástima!.... ¿Y tenéis seguridad de que eso es formal, querida mía?... Pero yo lo veré esta noche en el círculo, le preguntaré...., y sabré á qué atenerme.

El Marqués murmuró aún algunas palabras de desaprobación, y salió.

Media hora más tarde recibía Felipe de Boisvilliers una carta de la Marquesa, y leía con estupor estas palabras: «Os casáis con vuestra prima.—Necesidad absoluta.—No me desmintáis.»

Á través del desorden de ideas en que le dejó aquella orden singular, pudo entrever confusamente la verdad. Comprendió que la Marquesa, en su celosa exaltación, había recurrido á

aquel recurso desesperado para alejarle de su hijastra.... ¿Quién sabe si preferiría renunciar ella misma á su amor, que verle sin cesar disputado por una rival con la que no podía luchar? Á este pensamiento, el corazón del joven se inundó de placer. ¡Qué! : sin escándalo, sin disgustos, ¿iba á ser libertado de aquel maldito yugo, á recobrar su independencia, su porvenir, á volver á ser dueño de su vida, para podérsela ofrecer á Juana?

Aguardó ávidamente la hora en que el Marqués acostumbraba ir al círculo, y corrió á su casa. Esperando su visita, la Marquesa había mandado á Clotilde á la Ópera con la señora de Libernay. Cuando llegó Felipe, le cogió las manos, y con un acento de ternura femenina que no la era habitual, le dijo :

—¡Perdonadme! Exijo de vos un gran sacrificio, lo sé.... Pero ¿qué hacer en semejante caso? Figuraos que mi marido quería casaros con Clotilde...., y no he tenido más remedio que decirle, para no despertar sus sospechas, que ya empezaban á renacer, que estabais comprometido con alguien.... y nombrar á ese alguien.... Vuestra prima vino á mi imaginación, y la nombré...., como hubiera nombrado á otra...., ó más bien, para ser franca, con preferencia á otra cualquiera...., porque de esa no tendré celos.... ¡Pobre niña!

Felipe presintió que las cosas no iban á ir tan bien como él había esperado, y sintió que la sangre se helaba en sus venas.

—Perdonad (dijo); pero no os he comprendido bien.

—Dios mío, pues es bien sencillo....

En cuanto os caséis, volvéis á instalarnos en París con vuestra esposa, y me la presentáis.

Felipe quedó callado un momento, y después dijo con energía:

—Yo no hago eso.

—¿Que no hacéis eso?

—No; no me casaré con ninguna mujer, sea quienquiera, con esa indigna premeditación de infidelidad.

—¿Pues qué es lo que yo hago por vos? (dijo la Marquesa.) ¿Ó creéis que á mí me agrada vivir en la traición?....

¡Vamos; basta de farsas, amigo mío!... Decidme que vuestra prima os causa horror....; que el sacrificio que os pido es superior á vuestras fuerzas....; eso lo comprenderé....; pero entonces os diré: ¡Estoy perdida si me desmentís! ¡Mi marido va á adivinarlo todo!

Felipe pareció reflexionar durante

algunos minutos, y después replicó con alguna vacilación, como un hombre que pisa un terreno peligroso.

—Pero... cuando en otro tiempo se habló de ese matrimonio entre mi prima y yo...., una de las condiciones era que habíamos de vivir allí....; y es muy fácil que la familia la siga poniendo ahora.

—¡Eso nunca! (dijo la Marquesa.) Pero nada más improbable que esta exigencia, ahora que tenéis una posición en París.

Después exclamó de repente, lanzando á Felipe una mirada de desconfianza:

—¿Y.... es tan fea vuestra prima, como me habéis dicho?

—¡Ah!—dijo Felipe.

—Pues bien, amigo mío; ¿no soy yo hermosa por las dos?

—Sí, sin duda... ; pero todo esto me ha cogido tan de improviso..., que os ruego que me dejéis reflexionar antes de tomar un partido.

Cuando volvió á su casa, Felipe se puso á meditar sobre la conducta que debía seguir en tan delicado asunto. Estaba desgraciadamente cogido en una de esas aventuras, de las que no se sale nunca más que por vías oblicuas, y eso cuando se sale. Vacilaba al dar aquel paso; pues aunque él deseaba ardientemente casarse con su prima Juana, no se encontraba digno de ella; pero no tuvo más remedio que tomar esta determinación, porque era la única solución que encontraba..., y, sobre todo, la que más le seducía.

En una palabra: resolvió no dejar escapar aquella ocasión inesperada de recobrar su libertad. Se casaría con su

prima, pero no la llevaría á París, y rompería todas relaciones con la Marquesa, alegando, para justificar su residencia en provincias, la voluntad de la familia y la salud de su padre; lisonjeándose con la idea de que el tiempo prepararía poco á poco á la Marquesa para aquel desenlace, y acabaría por aceptarle con resignación.

El éxito de este plan dependía de que la Marquesa conservase eternamente, ó por lo menos hasta el matrimonio, la idea de que Juana de La Roche-Ermel era una persona fea y una rival despreciable; pero Felipe no tardó en conocer que le sería muy difícil mantenerla en aquella dichosa ilusión.

Al día siguiente, cuando declaró que estaba dispuesto á cumplir aquel acto de abnegación que le imponía, y cuan-

do la Marquesa le dió las gracias con un calor que no era muy necesario, puesto que no lo hacía por ella, quiso hacerle saber algunos artículos de su programa, como el siguiente :

La señorita de La Roche-Ermel iría antes de la boda á París para ocuparse del *trousseau*. La Marquesa, como amiga de la familia, se pondría entonces á su disposición para acompañarla á todas partes, y establecería con esto la base de su futura intimidad.

Felipe no hizo ninguna objeción á esta terrible cláusula, reservándose el eludirla por todos los medios que estuvieran á su alcance.

Impaciente por escapar de aquel infierno, en el que no podía abrir la boca sin mentir, escribió el mismo día á su padre para anunciarle formalmente sus disposiciones, que muy pronto

había de confirmarle de viva voz. Dos días más tarde, después de haber confiado sus proyectos de matrimonio al Marqués, y haber recibido su enhorabuena, dejó á París, prometiéndose volver á él lo más tarde posible.

Cuando por la noche llegó á Boisvilliers, su padre le retuvo largo tiempo en sus brazos, y le dijo con una emoción que le hizo verter lágrimas:

— ¡Oh, qué dichoso me haces, hijo mío!

— ¡No es ningún mérito, porque la amo! (exclamó Felipe.) ¿Y lo sabe ella?

— añadió con alguna inquietud.

— Todavía no; solamente se lo he hecho traslucir á su padre.

— Es que Juana es muy altiva y muy digna....; podía guardarme rencor...., rechazarme.

— No lo creo (dijo el señor de Bois-

villiers); pero si queréis, hijo mío, vamos á asegurarnos inmediatamente.

Y partieron para La Roche-Ermel en el momento en que las primeras estrellas se mostraban á través de las altas copas de los árboles. Un criado que encontraron en el patio del castillo se encargó de ir á prevenir al conde Leopoldo, que salió en seguida á su encuentro.

—Amigo mío (dijo el señor de Boisvilliers), vengo á pedir os que realicéis el deseo de toda mi vida, concediéndome la mano de vuestra hija para este pícaro muchacho

El Conde se sonrió.

—Ya sabéis, amigo mío, que si de mi hubiera dependido, ese pícaro muchacho sería mi hijo hace mucho tiempo; pero, á Dios gracias, nada hemos perdido con esperar, pues ahora vuelve

purificado por el hierro y por el fuego.... Tengo que advertiros que mi hija ignora aún el honor que nos hacéis, y debo esperar su consentimiento. Así, pues, permitidme que hable con ella algunos minutos.

Y diciendo esto, les hizo entrar en un gabinete próximo al salón. Pocos instantes después volvió, seguido de Juana, que estaba muy pálida, pero tranquila.

—Felipe (dijo, adelantándose hacia él con su dulce majestad): he aquí mi mano.